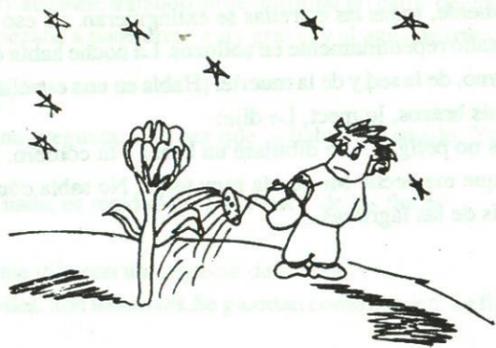


- ¡Qué bella es usted!  
 - ¿Verdad? -repuso dulcemente la flor-. Y yo nací al mismo tiempo que el sol...



El principito adivinó que no era muy modesta. ¡Pero era tan conmovedora!  
 - Creo que es la hora de desayunar -no tardó en añadir la flor-. ¿Tendrá usted la bondad de acordarse de mí?  
 Y el príncipe, todo confuso, fue a buscar una regadera de agua fresca para servir a la flor.

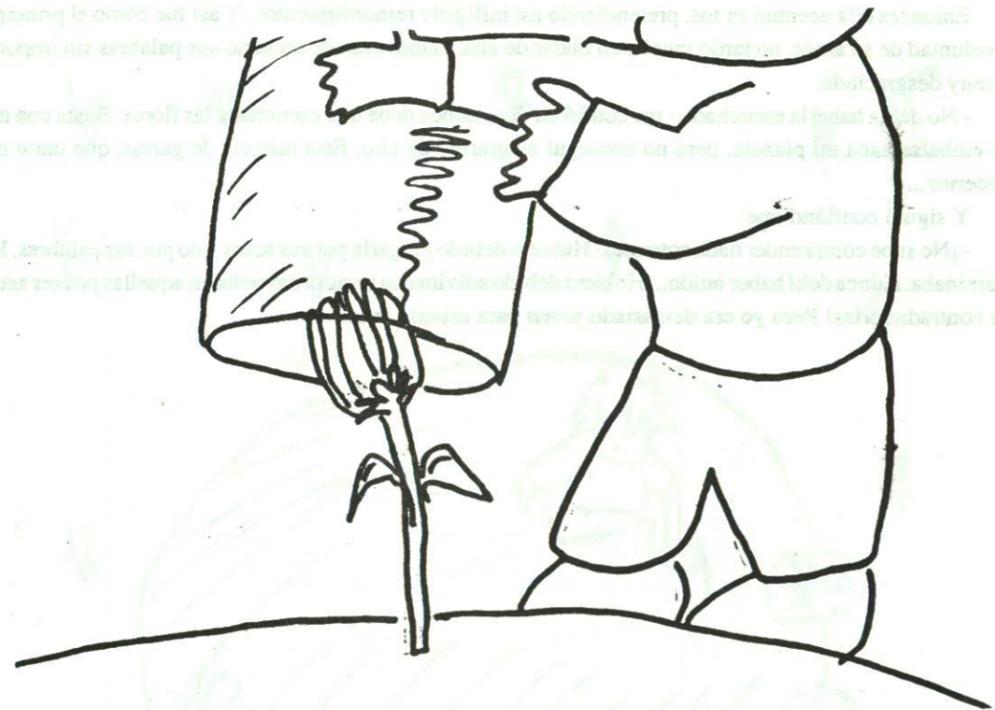


De esta manera lo atormentó ella muy pronto con su vanidad un poco desconfiada. Un día, por ejemplo, hablando de sus cuatro espinas, dijo al principito:

- ¡Y a pueden venir los tigres con sus garras!



- No hay tigres en mi planeta- objetó el principito-, y, por otra parte, los tigres no comen hierba.  
 - Yo no soy ninguna hierba- replicó lentamente la flor.  
 - Usted perdone...  
 - No tengo ningún temor a los tigres, pero siento horror por las corrientes de aire. ¿No tendría usted un biombo?  
 "Horror a las corrientes de aire... Esa no es suerte para una planta", reflexionó el principito.  
 "Esta flor es muy complicada".  
 - Por la noche me colocará usted bajo una esfera de cristal. Hace mucho frío en la tierra de ustedes. Esto está mal instalado. El lugar de donde vengo...



Se interrumpió. Había venido bajo la forma de simiente. Nada pudo haber conocido de los otros mundos. Humillado de haberse dejado sorprender en la preparación de una mentira tan inocente, tosió dos o tres veces con objeto de incomodar al principito:

- ¿Y el biombo?
- Iba a buscarlo, pero me hablaba usted.



Entonces ella acentuó su tos, pretendiendo así infligirle remordimientos. Y así fue cómo el principito, a pesar de buena voluntad de su amor, no tardó mucho en dudar de ella. Había tomado en serio sus palabras sin importancia y se había vuelto muy desgraciado.

- No debía haberla escuchado - me confió un día-, nunca debe uno escuchar a las flores. Basta con miradas y oler. La mía embalsamaba mi planeta, pero no conseguí alegrarme de ello. Esta historia de garras, que tanto me irritara, debió enternecerme...

Y siguió confiándome:

- ¡No supe comprender nada entonces! Hubiera debido juzgarla por sus actos y no por sus palabras. Me embalsamaba y me iluminaba. Nunca debí haber huido... Hubiera debido adivinar su ternura envuelta en aquellas pobres astucias. ¡Las flores son tan contradictorias! Pero yo era demasiado joven para saberla amar.

## IX

Creo que aprovechó, para evadirse, una migración de pájaros silvestres. En la mañana de la partida puso su planeta en orden perfecto. Deshollinó cuidadosamente sus volcanes en actividad. Poseía dos volcanes en actividad. Y le eran muy cómodos para calentar el desayuno de la mañana. Poseía otro volcán extinguido. Pero, como él decía: "¡uno nunca sabe!" Deshollinó también el volcán apagado. Si se les deshollina bien, los volcanes arden suavemente, regularmente, sin erupciones para dehollinar los volcanes. Es por eso que nos ocasionan tantos trastornos.

El principito arrancó también, con un dejo de melancolía, los últimos brotes de baobabs. No creía volver jamás. Pero todos estos trabajos familiares le parecieron, aquella mañana, extremadamente dulces. Y cuando regó por última vez la flor y se preparó a colocarla bajo el abrigo de su esfera de cristal, se dio cuenta de que tenía ganas de llorar.

- Adiós -dijo a la flor, pero ella no contestó nada-. Adiós -repitió.

La flor tosió. Pero no fue causa de su resfriado.

- He sido una idiota -musitó finalmente-. Te pido perdón. Procura ser feliz.

Le sorprendió la ausencia de reproches. Permanecía allí, con la esfera en la mano, desconcertado. No comprendía aquella dulzura calmosa.

- Pues sí, te amo -dijo la flor. Tú no lo has sabido por culpa mía. Esto no tiene ninguna importancia. Pero tú has sido tan idiota como yo. Trata de ser feliz... Deja esta esfera quieto. Ya no la quiero.

- Pero el viento...

- No estoy tan resfriada como para eso... El aire fresco de la noche me hará bien. Soy una flor.

- Pero las bestias...

- Bien hará falta que resista dos o tres orugas si quiero conocer las mariposas. Parece ser algo muy bello. De no ser así, ¿quién vendrá a visitarme? Tú estarás lejos. En cuanto a las grandes bestias, no les tengo miedo, con mis garras.

Mostraba cándidamente sus cuatro espinas. Después añadió:

- No te entretengas tanto, es algo irritante. Has decidido irte. Pues, vete.

Porque no quería que la viese llorar. Era una flor tan orgullosa...



Deshollinó cuidadosamente sus volcanes en actividad.

## X

Se encontraba en la región de los asteroides 325, 326, 327, 328, 329 y 330. Empezó por visitarlos para buscarlos ocupación y, a la vez, instruirse.

El primero lo habitaba un rey. Se sentaba, vestido de púrpura y armiño, sobre un trono muy sencillo y, no obstante, majestuoso.

- ¡Ah! he aquí un vasallo -gritó el rey cuando advirtió al principito. y éste se preguntó:

"¿Cómo puede reconocermé, si nunca me ha visto?"

No sabía que, para los reyes, el mundo está muy simplificado. Todos los hombres son vasallos.

- Acércate para que te vea mejor- ordenó el rey, que se sentía ufano de ser rey para alguien.

El principito buscó con los ojos dónde sentarse, pero el planeta estaba todo él obstruido por el magnífico manto armiño. Estúvose, pues, de pie, y como se sentía fatigado, bostezó.

- Es contrario a la etiqueta bostezar en presencia de un rey- dijo el monarca-. Te lo prohíbo.

- No puedo evitarlo -repuso el principito, confundido-. He hecho un viaje muy largo y no he dormido.

- Entonces, te ordeno que bosteces- concedió el rey-. No he visto a nadie bostezar desde hace años. los bostezos para mí curiosidades. ¡Ea!, bosteza más. Es una orden.

- Eso me intimida... ya no puedo- susurró el principito, ruborizándose.

- ¡Hum! ¡Hum! -respondió el rey-. Entonces te... te ordeno que bosteces y que dejes de bostezar, en forma alternativa...

Tartamudeaba un poco y parecía vejado. Porque, como rey, se inclinaba a que su autoridad fuese respetada y toleraba la desobediencia. Era un monarca absoluto. Pero, como era muy bueno, daba órdenes razonables.

- Si yo ordenase- decía a menudo-, si yo ordenase a un general que se transformase en ave marina, y si el gen



no obedeciese, no sería culpa del general. Sería culpa mía.

- ¿Puedo sentarme? - inquirió tímidamente el principito.

- Te ordeno que te sientes -respondió el rey, quien recogió majestuosamente un faldón de su manto de armiño. Pero el principito se admiraba. El planeta era minúsculo. ¿Sobre qué podía reinar el rey?

- Sire -díjole-, os pido perdón si os interrogo.

- Te ordeno que me interrogues -se apresuró a decir el rey.

- Sire... ¿Sobre qué cosa reináis?

- Sobre todo -repuso el rey con gran sencillez.

- ¿Sobre todo?

El rey, con un gesto discreto, designó su planeta, los otros planetas y las estrellas.

- ¿Sobre todo eso? -dijo el principito.

- Sobre todo eso... -replicó el rey.

porque no solamente era un monarca absoluto, sino que también era un monarca universal.

- ¿Y las estrellas os obedecen?

- Claro está -le dijo el rey-. Obedecen en seguida: no tolero la indisciplina.

Un poder semejante maravilló al principito. Si lo hubiese poseído él mismo, podría asistir, no diremos a cuarenta y cuatro, sino a setenta y dos, inclusive a cien, o acaso a doscientas puestas de sol en la misma jornada, sin tener nunca que mover su silla. y como se sentía un poco triste a causa del recuerdo de su pequeño planeta abandonado, se enardeció lo suficiente para solicitar una gracia al rey:

- Me gustaría ver una puesta de sol...

Concededme ese placer... Ordenad al sol que se ponga...

- Si yo ordenase a un general volar de una flor a otra a la manera de una mariposa, o escribir una tragedia, o convertirse en ave marina, y si el general no ejecutase la orden recibida, ¿quién, él o yo, estaríamos equivocados?

- Seríais vos- dijo con firmeza el principito.

- Exacto. Es preciso exigir a cada uno lo que pueda dar de sí -replicó el rey-. La Autoridad reposa, ante todo, sobre la razón. Si tú ordenas a tu pueblo que vaya a arrojar al mar, hará la revolución. Tengo el derecho de exigir obediencia porque mis órdenes son razonables.

- ¿Entonces, mi puesta de sol? -recordó el principito, que jamás olvidaba una cosa que antes hubiera planteado.

- Tu puesta de sol, la tendrás. Yo lo exigiré así. Pero voy a esperar, dentro de mi ciencia de gobernante, a que las condiciones sean favorables.

- ¿Cuándo va a ser eso? -se informó el principito.

- ¡Hem! ¡Hem! - le respondió el rey, quien consultó primeramente un gran calendario-. ¡Hem! ¡Hem! La cosa será hacia... hacia... Esta tarde, como a las siete horas cuarenta minutos. y verás cómo me obedecen.

El principito bostezó. Echaba de menos su puesta de sol y, además, se aburría ya un poco.

- No tengo nada más que hacer aquí -dijo al rey-. me voy. Parto de nuevo.

- No te vayas -respondió el rey, que estaba muy satisfecho de tener un vasallo-, ¡No te vayas! ¡Te hago ministro!

- ¿Ministro de qué?

- De Justicia.

- ¡Pero si no hay nadie a quien juzgar!

- No se sabe -dijo el rey-. yo no he dado todavía la vuelta a mi renio. Soy muy viejo, no tengo espacio para una carroza y el caminar me fatiga mucho.

- ¡Oh! Pero si ya lo he visto todo -dijo el principito, que se asomó para lanzar la última ojeada sobre la otra cara del planeta. Tampoco allí había nadie...

- Te juzgarás entonces a ti mismo -le respondió el rey-. Es lo más difícil. Es bastante más difícil juzgarse a sí mismo que juzgar a los demás. Si consigues juzgarte bien, es que eres un verdadero sabio.

- Yo -dijo el principito- puedo juzgarme a mí mismo en cualquier parte. No tengo necesidad de habitar aquí.

- ¡Hem! ¡Hem! -dijo el rey-. Tengo entendido que en mi planeta hay, en alguna parte, una rata vieja. Yo la oigo de noche. Podrás juzgar a esa vieja rata, la condenarás a muerte de vez en cuando. De este modo, su vida dependerá de tu justicia.

Pero la indultarás cada vez, para economizarla. No tenemos más que una.

- A mí -replicó el principito- no me gusta condenar a muerte, y creo que es mejor que me vaya.

- No -dijo el rey.

Pero el principito, habiendo terminado sus preparativos, no quiso apenar al viejo monarca...

- Si Vuestra Majestad desea ser obedecido puntualmente, podría darme una orden razonable. Podría ordenarme, por ejemplo, que me vaya antes de un minuto. Me parece que las condiciones son favorables...

El rey no respondió nada, por lo cual el principito titubeó en principio, para luego, con un suspiro, emprender la marcha.

- Te nombro mi embajador -se dio prisa a gritar entonces el rey, con aire de gran autoridad.

"Las personas mayores son muy extrañas", se decía el principito para sus adentros durante el viaje.



## XI

El segundo planetoide estaba habitado por un vanidoso.

- ¡Ah! ¡Ah! ¡He aquí la visita de un admirador! -gritó de lejos el vanidoso tan luego como advirtió al principito.

Porque, para los vanidosos, los demás hombres son admiradores.

- Buenos días -dijo el principito-

Usa usted un sombrero muy original.

-Es para saludar -repuso el vanidoso-. Es para saludar cuando me aclaman.

Desgraciadamente, nunca pasa nadie por aquí.

-¡Ah! ¿no? -exclamó el principito, que no comprendió.

-Golpea tus manos una contra otra -aconsejó el vanidoso.

El principito golpeó sus manos una contra la otra. El vanidoso saludó modestamente, quitándose el sombrero.

"Esto no es más divertido que la visita al rey", se dijo el principito. Y reanudó su gesto de golpear las manos una contra otra. El vanidoso empezó de nuevo a saludar quitándose el sombrero.

Al cabo de cinco minutos de ejercicio, el principito se fatigó de la monotonía del juego:



-Y para que el sombrero se caiga, ¿qué es lo que hay que hacer? -preguntó.

Pero el vanidoso no le oyó. Los vanidosos no oyen nada más que las alabanzas.

- ¿Es que tú me admiras, verdaderamente, mucho? -preguntó el principito.

- ¿Qué significa admirar?

-Admirar significa reconocer que soy el hombre más hermoso, el mejor vestido, el más rico y el más inteligente del planeta.

- ¡Pero si tú estás solo en tu planeta!

- ¡Dame ese gusto! ¡Admírame, por lo menos!

-Yo te admiro -dijo el principito, alzando un poco los hombros-. Pero, ¿en qué te puede interesar esto?

Y el principito se fue.

"Las personas mayores son, decididamente, muy raras", se dijo, simplemente para sí, durante su viaje.

## XII

El planeta siguiente lo habitaba un bebedor. Esta visita fue muy corta, pero dejó al principito sumergido en una gran melancolía.

-¿Qué haces tú allí? -dijo el bebedor, al cual encontró instalado en silencio delante de una colección de botellas vacías y otra colección de botellas llenas.

-Bebo -respondió el bebedor con aspecto lúgubre.

-¿Por qué bebes? -le preguntó el principito.

-Para olvidar -respondió el bebedor.

-¿Para olvidar qué? -inquirió el principito, que ya lo compadecía.

-Para olvidar que tengo vergüenza -confesó el bebedor bajando la cabeza.

-¿Vergüenza de qué? -se informó el principito, que deseaba socorrerle.

-¡Vergüenza de beber! -acabó el bebedor, encerrándose definitivamente en el silencio.

Y el principito se marchó, perplejo.

"Las personas mayores son, decididamente, muy raras", se dijo para sí.



## XIII

El cuarto planeta era el de hombre de negocios. Este hombre estaba tan ocupado, que ni siquiera levantó la cabeza a la llegada del principito.

-Buenos días -le dijo éste-. Su cigarro está apagado.

-Tres y dos son cinco; cinco y siete, doce. Doce y tres, quince. Buenos días. Quince y siete, veintidós. Veintidós y seis, veintiocho. No tengo tiempo de volverlo a encender. Veintiséis y cinco, treinta y uno. ¡Uf! Esto hace, pues, quinientos millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno.

-¿Quinientos un millones de qué?

-¿eh? ¿Estás allí todavía? Quinientos un millones de... Yo no sé de qué... ¡Tengo tanto trabajo! Soy muy serio, me divierten las bagatelas... Dos y cinco, siete.

-¿Quinientos un millones de qué? -repitió el principito, que nunca en su vida había dejado en el aire una pregunta que hubiese formulado.

El hombre de negocios levantó la cabeza:

-Desde hace cincuenta y cuatro años habito este planeta y no me han molestado más que tres veces. La primera vez hace veintidós años. Fue un abejorro que cayó Dios sabe de dónde. Esparcía un ruido espantoso, por lo cual cometí cuatro errores en una suma. La segunda vez fue hace once años y se debió a una crisis de reumatismo. Me faltaba ejercicio. No tengo tiempo de haraganear. Soy muy serio. La tercera vez... ¡hela aquí! Decíamos, pues, quinientos un millones...

-¿Millones de qué?

El hombre de negocios comprendió que no había esperanzas de paz.

-Millones de esas cositas que vemos algunas veces en el cielo.

-¿Moscas?

-No, hombre, cositas que brillan.

-¿Abejas?

-No. Pequeñas cosas doradas que hacen soñar a los desocupados. Pero yo soy muy serio. No tengo tiempo de soñar.

-¡Ah! ¿Las estrellas?

-Eso está bien. Las estrellas.

-¿Y qué haces tú con quinientos millones de estrellas?

-Quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y una. Yo soy serio y me gusta ser preciso.

-¿Y qué haces tú con esas estrellas?

-¿Qué hago?

-Sí.



-Nada, las poseo.

-¿Tu posees las estrellas?

-Sí.

-Pero yo he visto un rey que...

-Los reyes no poseen nada. "Reinan" sobre las cosas, lo cual es muy diferente.

-¿Y de qué te sirve poseer las estrellas?

-Me sirve para ser rico.

-¿Y de qué te sirve ser rico?

-Para comprar otras estrellas, si alguien encuentra alguna.

"Este razona un poco como el borracho de antes", se dijo para sí el principito. Sin embargo, hizo nuevas preguntas:

-¿Cómo se pueden poseer las estrellas?

-¿De quién son? -repuso, gruñón, el hombre de negocios.

-No lo sé. De nadie.

-Entonces, son mías, porque yo he pensado primero en ellas.

-¿Eso basta?

-Claro que sí. Cuando encuentras un diamante que no es de nadie, es tuyo. Cuando encuentras una isla sin dueño, te pertenece. Cuando tienes una idea primero, la haces patentar y es para ti. Yo poseo las estrellas, puesto que nunca nadie antes de mí ha pensado poseerlas.

-Eso es verdad -dijo el principito-.

¿Y qué haces con ellas? -Soy su gerente. Las cuento y las vuelvo a contar -dijo el hombre de negocios-. Es difícil. Pero yo soy un hombre serio.

El principito no estaba satisfecho todavía.

-Yo, si poseo una bufanda, puedo enrollarla alrededor de mi cuello y llevármela. Si poseo una flor, puedo recogerla y llevármela también. Pero tú no puedes recoger las estrellas.

-No; pero puedo situarlas en el banco.

-¿Qué quiere decir eso?

-Eso quiere decir que yo escribo sobre un papelito el número de mis estrellas. Y luego cierro con llave ese papel en un cajón.

-¿Y es todo?

-Con esto basta.

"Es divertido", pensó el principito. "Es bastante poético. Pero no me parece muy serio".

El principito tenía sobre las cosas serias ideas muy diferentes de las ideas de las personas mayores.

-Yo -siguió diciendo- poseo una flor que riego todos los días. Poseo tres volcanes, que deshollino todas las semanas. Porque yo deshollino inclusive el que está extinguido. Uno no sabe nunca. Es útil a mis volcanes y es también útil a mi flor que yo los posea; pero tú no eres útil a las estrellas...

El hombre de negocios abrió la boca, pero no encontró nada que decir, y el principito se alejó.

"Las personas mayores son decididamente extraordinarias", se dijo para sí.

## XIV

El quinto planeta era muy curioso. Se trataba del más pequeño de todos. Había allí el espacio justo para contener un farol y un farolero. El principito no acertaba a explicarse para qué podían servir, en un lugar cualquiera del cielo, sobre un planeta sin casas ni población, un farol y un farolero. sin embargo, se dijo a sí mismo:

"Puede ser que este hombre sea absurdo. No obstante, lo es menos que el rey, el vanidoso, el negociante y el bebedor. Por lo menos, su trabajo tiene sentido. Cuando enciende su farol, es como si hiciese nacer una estrella más, o una flor. Cuando apaga su farol, con ello adormece la flor o la estrella. Es una ocupación muy linda. Es verdaderamente útil, puesto que es linda".

Tan pronto como abordó el planeta, saludó respetuosamente al farolero:

-Buenos días. ¿Por qué acabas de apagar tu farol?

-Es la consigna -repuso el farolero-. Buenos días.

-¿Qué es eso de la consigna?

-Apagar mi farol. Buenas noches.

Y lo encendió de nuevo.

-Pero, ¿por qué acabas de volverlo a encender?

-Es la consigna -repuso el farolero-.

-No entiendo eso -dijo el principito-.

-No hay nada que entender -alegó el farolero-. La consigna es la consigna. Buenos días.

Y apagó el farol. A continuación lo restregó con un pañuelo de cuadros rojos.

-Yo desempeño aquí un oficio terrible. Era razonable en otro tiempo. Apagaba por la mañana y encendía por la noche.

Disponía del resto del día para descansar y del resto de la noche para dormir...

-Y, después de aquella época, ¿la consigna ha cambiado?

-La consigna no ha cambiado -dijo el farolero-. ¡Allí está el drama! ¡El planeta, de año en año, ha girado cada vez más de prisa, y la consigna no ha cambiado!

-¿Entonces? -inquirió el principito-.

-Entonces, como ahora da una vuelta por minuto, no tengo ni un segundo de reposo. ¡Enciendo y apago una vez por minuto!

-¡Es divertido eso! Los días, en tu país, duran un minuto...

-No es tan divertido -refutó el farolero-. Hace ya un mes que hablamos juntos.

-¿Un mes?

-Sí. Treinta minutos. ¡Treinta días!

Buenas noches.

Y volvió a encender su reverbero.

El principito lo miró y le gustó aquel farolero que se mantenía tan fiel a la consigna. Se acordó de las puestas de sol que en otro tiempo iba él mismo a buscar, moviendo su silla. Quiso ayudar a su amigo:

-Tú sabes... conozco un medio para que reposes siempre que lo quieras...

-Yo siempre quiero reposar -dijo el farolero-. Porque uno puede ser, a la vez, fiel y perezoso.

El principito prosiguió:

-Tu planeta es tan pequeño, que puedes darle la vuelta en tres zancadas. No tienes sino caminar lentamente para permanecer siempre al sol. Cuando quieras reposar, echas a andar... el día durará tanto como quieras.

-Con eso no adelanto gran cosa -dijo el farolero-. Lo que yo deseo en la vida, es dormir.

-No estás de suerte -dijo el principito-.

-No estoy de suerte -admitió el farolero-.

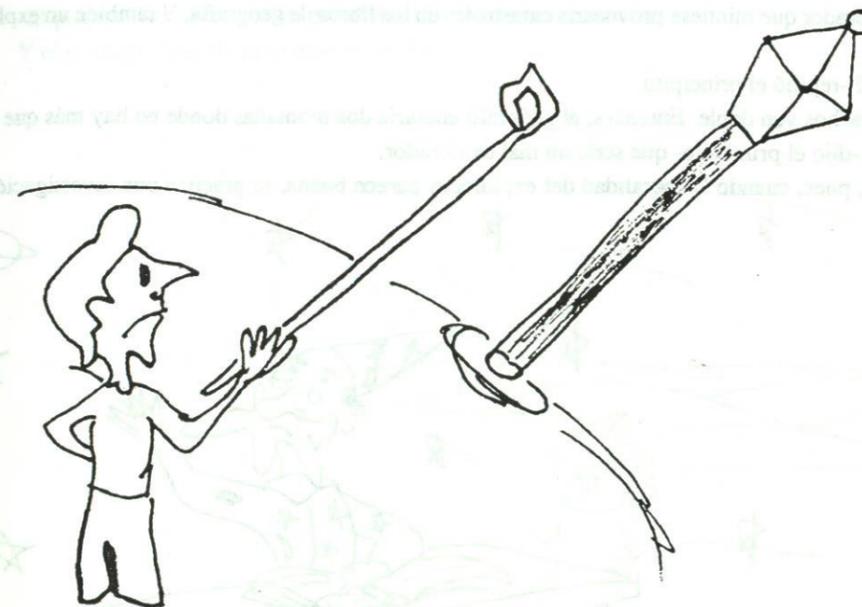
Y apagó su farol.

"Este", se dijo el principito, en tanto que proseguía más lejos su viaje, "éste se verá menospreciado por todos los demás: por el rey, por el vanidoso, por el bebedor, por el hombre de negocios. Sin embargo, es el único que no me parece ridículo. Acaso es así porque se ocupa de otra cosa que de sí mismo".

Exhaló un suspiro de pena y siguió diciéndose:

"Este es el único del que pude haberme hecho amigo. Pero su planeta es verdaderamente pequeño. No hay lugar para dos".

Lo que el principito no osaba confesarse es que iba a echar de menos a aquel bendito planeta, a causa, sobre todo, de las mil cuatrocientas puestas de sol cada veinticuatro horas.



Yo desempeño aquí un oficio terrible.

## XV

El sexto planeta era diez veces más vasto. Lo habitaba un señor viejo que escribía enormes libros.

-¡Toma! ¡He aquí un explorador! -gritó al descubrir al principito-.

Este se sentó sobre la mesa y resopló un poco. ¡Había viajado tanto!

-¿De dónde vienes? -le preguntó el anciano-.

-¿Qué libro tan grande es éste? -dijo el principito-. ¿Qué hace usted aquí?

-Soy geógrafo, -explicó el viejo-.

-¿Qué cosa es un geógrafo?

-Es un sabio que sabe dónde se hallan los mares, los ríos, las ciudades, las montañas y los desiertos.

-Eso es muy interesante -dijo el principito-. Ese sí que es, por fin, un verdadero oficio.

Y lanzó un vistazo alrededor de él, sobre el planeta del geógrafo. No había visto todavía un planeta tan majestuoso.

-Es muy bello su planeta, señor. ¿Hay océanos en él?

-No puedo saberlo -dijo el geógrafo-.

-¡Ah! -El principito pareció decepcionado-. ¿Y montañas?

-No puedo saberlo -volvió a decir el geógrafo-.

-¿Y ciudades, y ríos y desiertos?

-Tampoco puedo saberlo -fue la respuesta del geógrafo-.

-¡Pero usted es geógrafo!

-¡Exacto! -respondió el aludido-, pero no soy explorador. Me faltan exploradores. No es el geógrafo quien va a hacer el recuento de las ciudades, los ríos, las montañas y los mares, los océanos y los desiertos. El geógrafo es demasiado importante

para vagabundear. No abandona su oficina. Pero recibe en ella a los exploradores, los interroga y toma nota de sus recuerdos. Y si los recuerdos de uno de ellos le parecen interesantes, el geógrafo manda practicar una investigación sobre la moralidad del explorador.

-¿Y eso por qué?

-Porque un explorador que mintiese provocaría catástrofes en los libros de geografía. Y también un explorador que bebiese mucho.

-¿Y eso por qué? -repitió el principito.

-Porque los borrachos ven doble. Entonces, el geógrafo anotaría dos montañas donde no hay más que una.

-Conozco a uno -dijo el principito- que sería un mal explorador.

-Es posible. Así, pues, cuando la moralidad del explorador parece buena, se practica una investigación sobre el descubrimiento.



-¿Va uno a ver?

-No. Es demasiado complicado. Pero se exige al explorador que aporte pruebas. Si se trata, por ejemplo, del descubrimiento de una gran montaña, se le exige que traiga de ella grandes piedras. -De pronto, el geógrafo se conmovió. ¡Pero tú vienes de lejos! ¡Tú eres explorador! ¡Vas a describirme tu planeta!

Y el geógrafo, habiendo abierto su registro, sacó punta al lápiz. Primero, uno anota a lápiz los relatos de los exploradores. Se espera, para ponerlos en tinta, que el explorador haya suministrado las pruebas.

-¿Entonces? -interrogó el geógrafo.

-¡Oh! Mi país -dijo el principito- no es muy interesante, todo es pequeño. Tengo tres volcanes, dos en actividad y uno apagado. Pero nunca sabe uno.

-Nunca sabe uno -repitió el geógrafo.

-También tengo una flor.

-Nosotros no anotamos las flores -hizo saber el geógrafo.

-¿Y eso por qué? ¡Es lo más lindo!

-Porque las flores son efímeras.

-¿Qué significa "efímeras"?

-Las geografías son los más preciosos de todos los libros. No pasan nunca de moda. Es muy raro que una montaña cambie de lugar. Es muy raro que un océano vacíe sus aguas. Nosotros escribimos cosas eternas.

-Pero los volcanes apagados pueden despertar -interrumpió el principito, el cual nunca en su vida había renunciado a una pregunta una vez formulada-. ¿Qué significa "efímera"?

-Significa: "que está amenazada de destrucción próxima".

-¿Mi flor está amenazada de destrucción próxima?

-Seguro que sí.

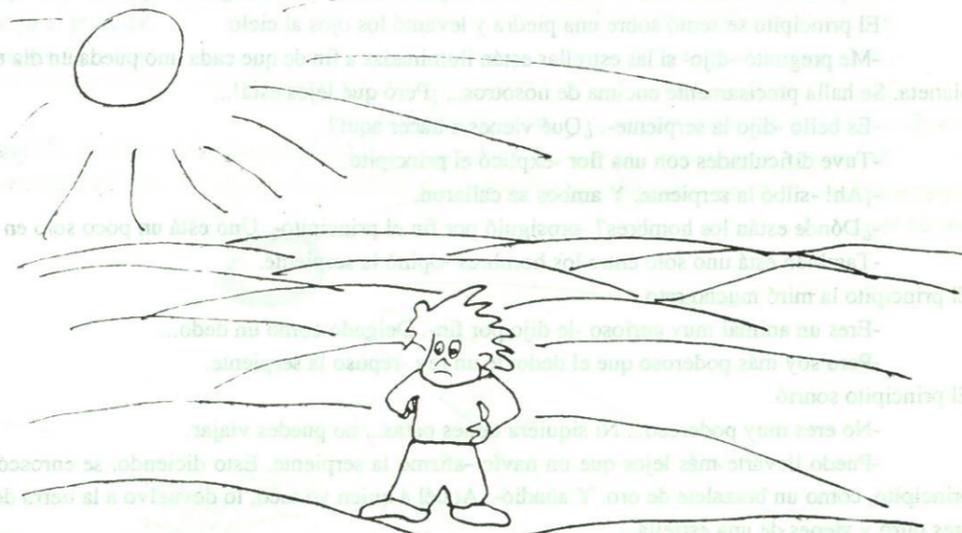
"Mi flor es efímera", se dijo el principito, "¡y no tiene más que cuatro espinas para defenderse contra el mundo! ¡Y la he dejado sola en mi país!".

Este fue su primer movimiento de disgusto. Pero recuperó el valor.

-¿Qué me aconseja usted que vaya a visitar? -preguntó.

-El planeta Tierra -repuso el geógrafo-. Tiene buena reputación.

Y el principito partió, pensando en su flor.



## XVI

El séptimo planeta fue la Tierra.

¡La Tierra no es un planeta cualquiera! Se cuentan en ella ciento once reyes (sin olvidar, claro está, los reyes negros), siete mil geógrafos, novecientos mil hombres de negocios, siete millones y medio de borrachos y trescientos once millones de vanidosos; es decir, cerca de dos mil millones de personas mayores.

Para dar a ustedes una idea de las dimensiones de la Tierra, diré que antes de la invención de la electricidad, debía mantener, sobre el conjunto de los seis continentes, un verdadero ejército de cuatrocientos sesenta y dos mil quinientos once faroleros.

Visto de lejos, esto produciría un efecto espléndido. Los movimientos de este ejército estaban reglamentados como los de un ballet de la ópera. Primero tocaba el turno a los enciende-faroles de Nueva Zelandia y Australia. Después, éstos, habiendo encendido sus lámparas, se iban a dormir. Entonces entraban a su vez en la danza los faroleros de China y de Siberia. Luego éstos se escabullían entre bastidores. Seguían los de África y Europa y a continuación los de la América del Sur. Finalmente, los de la América del Norte. Y nunca se equivocaban en el orden de entrada en escena. Era grandioso.

Tan sólo el farolero del Polo Norte, y su coelga del farol único del Polo Sur, llevaban sus vidas con ociosidad y desgano. Trabajaban dos veces al año.

## XVII

Cuando uno quiere mostrarse agudo, ocurre que a veces miente un poco. No he sido muy honrado al hablar de los faroleros. Me expongo a dar una idea falsa de nuestro planeta a aquellos que no lo conocen. Los hombres ocupan poco espacio sobre la Tierra. Si los dos mil millones de habitantes que la pueblan se manuvieran de pie y un tanto apretujados, como quienes escuchan un mitin, cabrían fácilmente en una plaza pública de veinte millas de largo por veinte de ancho. La humanidad entera podría amontonarse sobre el más pequeño de los islotes del Pacífico.

Las personas mayores, a buen seguro, no lo creerán. Se imaginan tener mucho sitio. Se creen importantes, como los baobabs. Ustedes les aconsejarán que hagan el cálculo. Adoran las cifras; eso les dará gusto. Pero no pierdan el tiempo con este castigo. Es inútil. Tengan confianza en mí.